

RECUERDOS DE MIGUEL ASIN

por Dolores OLIVER PÉREZ

Universidad de Valladolid
Departamento de Filología Española

Miguel Asín Palacios no murió para mí el 12 de agosto de 1944, aunque sé que ese día tuve la sensación de que algo muy grave había sucedido. Es curioso que a pesar de ser yo muy pequeña guardo un vivísimo recuerdo no sólo de su muerte sino también de los años precedentes que viví a su lado. No he olvidado sus ojos y el cariño con que me miraba cuando me dio la primera comunión y, a menudo, me veo a mí misma sentada sobre sus rodillas, junto con mis hermanos, haciéndole carantoñas hasta conseguir la perra para «el pirulí», cosa que sucedía todos los días de los largos veranos que pasábamos en San Sebastian. Recuerdo nuestras peleas por las pajaritas y barcos de papel que nos hacía y cómo cabalgábamos sobre sus espaldas por el largo pasillo de la casa de San Vicente. También guardo viva memoria de los días en que se anunciaba la visita de alguien muy importante, porque entonces corríamos a escondernos detrás de las cortinas de la biblioteca, que daban al cuarto de Juana (criada de la que más tarde hablaré), para escuchar conversaciones que, naturalmente, no entendíamos; y, sobre todo, no he olvidado la ilusión con que esperábamos los jueves su regreso de la Academia de la Historia, porque traía los bolsillos llenos de caramelos de «la Pajarita»; él nos decía que al final de cada sesión se vaciaban los platos y todos

Éndoxa: Series Filosóficas, nº 6, 1995, UNED, Madrid:
Dolores Oliver Pérez: Recuerdos de Miguel Asín
pp. 11-35.

le iban pasando los sobrantes «para sus sobrinos», y estoy segura de que lo hacían con gusto viendo la felicidad que ello le proporcionaba a don Miguel. El era todo bondad y cariño y quizá por eso recuerdo también que de pequeña no comprendía a mi madre cuando venía a separarnos del tío, «porque no le dejábamos trabajar». Lo cierto es que poseía un don especial para transmitir ese «amor al prójimo» del que tanto se habla y cuando estábamos con él le sentíamos disfrutar de nuestra presencia, como si no existiesen cosas más importantes e, ingenuamente, ni nos dábamos cuenta de que tenía otras muchas obligaciones.

También tengo grabada en mi memoria su enfermedad y su muerte. Estábamos en San Sebastián y hacía días que las cosas habían cambiado. Ya no salía de paseo a los jardines de la Concha, ni se echaba al suelo a cuatro patas para que montásemos sobre su espalda y ser «nuestro caballito». El pasaba el tiempo en una butaca que habían colocado en la terraza para que tomara el sol o en el sillón de su cuarto «porque en la cama se ahogaba», y mamá repetía que se encontraba muy enfermo, que no nos subiéramos a sus rodillas y, sobre todo, que no le preguntásemos por qué estaba tan amarillo. Nosotros no sabíamos lo que era la ictericia, aunque presentíamos que ya no podía jugar y por eso nos limitábamos a sentarnos en el escalón de la puerta de su habitación que daba a la terraza, para contarle lo que habíamos hecho o responder a sus preguntas, mientras contemplábamos con envidia al pequeño, a Pablito, el único que estuvo en sus brazos durante la última enfermedad.

Nunca he podido olvidar algunas escenas del día de su muerte como es el momento en que papá nos llevó junto a él y nos fue cogiendo uno a uno para que le diéramos un beso y, todavía, me parece verle allí, sobre la cama, con los ojos cerrados y el rosario en sus manos. Los detalles de sus últimos momentos los conocí más tarde. Juan Zaragüeta vino con un sacerdote que le confesó para llegar poco después el párroco de San Vicente a darle la extremaunción y sé que, después de comulgar, Miguel Asín fijó su mirada en el crucifijo que había encima de su cama, entrando en

una especie de éxtasis. Estuvo de esta forma varias horas, agarrado de la mano de mi madre, que se encontraba sentada a su lado en una silla baja, que todavía conservamos, y acompañado también de mi padre, que permanecía a los pies de la cama, porque después de ver al tío recibiendo los santos sacramentos se desmoronó. Muchas veces nos han dicho que sus ojos estaban clavados en el crucifijo mientras toda su persona irradiaba felicidad, y que sólo un par de veces los retiró para fijarlos en mi padre y repetir: ¡Pobre Jaime! De repente empezó a respirar con dificultad y al sentir que se moría le acostaron, entrando en una dulce agonía hasta que su corazón dejó de latir.

Si yo recuerdo con toda claridad mi niñez a su lado, ha sido más tarde cuando poco a poco he ido aprendiendo quién era Miguel Asín. La adoración que sentían mis padres por él, el convencimiento de que era el modelo que debíamos imitar, les ha llevado a tenerle siempre en su mente y en sus labios y a revivir con nosotros las sucesivas escenas que han formado parte de su vida. Nos han hablado de sus costumbres; de su comportamiento con alumnos, amigos, e incluso con personas que le herían; de sus relaciones con intelectuales y políticos destacados; de su valiente y caritativo proceder durante la guerra civil. Las acciones más nimias de la vida de don Miguel se han relatado en mi casa y eso ha hecho que la imagen que yo tenía de pequeña se fuera fundiendo con otras imágenes no presenciadas por mí, en las que aparecía el Miguel de mis recuerdos o el que he contemplado en cientos de fotos, haciendo o diciendo todo eso de lo que mis padres hablaban. También puedo decir que su recuerdo no se ha desvanecido, y que ha sido en estos últimos años cuando he comprendido cuál era su auténtica dimensión, cuando me he alegrado de comprobar que comparto sus sentimientos e ideas y cuando, incluso, he descubierto que si yo ahora soy profesora de árabe, a pesar de haber estudiado filología inglesa, ha sido «por culpa de mi tío».

Los muchos papeles de Miguel Asín que me vi en la obligación de examinar tras la muerte de mi padre y, en particular, las cartas, que escribió para que fueran leídas después de su fallecimiento y

en las que exponía su última voluntad y hablaba de sus sueños e inquietudes, son las que han dado un nuevo sentido a muchos de los comportamientos de mi padre para conmigo. Miguel Asín deseaba que su sobrino se hiciera cargo de los escritos personales que dejaba y de los apuntes de sus investigaciones, y exponía su anhelo de que uno de sus hijos se dedicara a los estudios árabes para que no se perdiera la tradición familiar, y puedo decir que mi padre a lo largo de toda su vida ha luchado porque sus deseos se cumplieran, y lo ha hecho respetando también su voluntad de dejar a la persona en libertad de elegir su futuro. Ha sido hace unos años, cuando me he dado cuenta de que mi padre debió de sufrir mucho al ver que todos mis hermanos se inclinaban por carreras de ciencias y que yo, al terminar los comunes en Filosofía y Letras, optaba por las especialidades de filología inglesa y románicas, a pesar de haber sacado las máximas calificaciones en árabe. Recuerdo que mi padre intentó convencerme para que me matriculase en semíticas y que se entristeció mucho cuando le dije que deseaba dedicarme a la enseñanza y que sería muy difícil hacerlo si elegía una carrera cuya única salida era la Universidad, y también recuerdo que para consolarle le prometí que no abandonaría los estudios árabes, promesa que supo aprovechar muy sagazmente.

Atendiendo a sus ruegos asistí a las clases de lengua árabe que daba Husayn Mones en el Instituto Egipcio, así como a las de tercero de semíticas e hice mi tesina sobre «El elemento árabe en la lengua inglesa», pero, sobre todo, pasé cientos de tardes en la biblioteca, trabajando con mi padre sobre la mesa de billar. Ahora me doy cuenta de que él nunca perdió la esperanza de que en el futuro cambiase de opinión y utilizó conmigo los mismos métodos que usaba Miguel Asín para dirigir a sus alumnos hacia los estudios de semíticas. Papá estaba siempre diciéndome: Dolorcitas, así me llamaba, ¿tienes algo que hacer?, ¿puedes venir a ayudarme? Y, naturalmente, yo accedía porque me hacía sentir que mi colaboración era muy valiosa. A menudo pedía que le tradujera trozos de fuentes árabes, añadiendo siempre que mis traducciones

eran muy buenas, lo que me llenaba de orgullo y me obligaba a esmerarme. Otras veces, me daba libros para que fuera haciendo fichas de los términos que estaba estudiando o me dictaba notas, y siempre aprovechaba cualquier ocasión para exponerme los métodos que seguía en sus investigaciones y repetirme los consejos que había recibido del tío. Ha sido precisamente tras la muerte de mi padre, al descubrir las muchas fichas y papeles escritos con mi letra y al leer paralelamente cartas de mi tío, cuando he ido atando cabos para terminar comprendiendo que ese trabajar conmigo en el pasado no tenían otra finalidad que cumplir un deseo de Miguel Asín.

Asimismo estoy convencida de que mi tío intervino en mi decisión de abandonar la enseñanza del inglés para dedicarme de lleno al mundo árabe, y que no fueron casuales los motivos que me movieron a ello. El mismo año que empecé a dar clases en la Universidad de Valladolid, se acrecentaron las protestas de los alumnos de magisterio que exigían se pusiera la asignatura de árabe optativa con la de griego, debido a que en esta última no podían competir con los alumnos procedentes del bachiller. Todos los intentos por conseguir un profesor de semíticas fracasaron, y cuando «alguien» dijo al decano que yo estaba preparada para darla, comenzaron las presiones, a las que no me supe resistir. Algo similar sucedió unos años más tarde cuando se inauguró el Colegio Universitario de Burgos, y se volvió a acudir a mí al no encontrar de nuevo una persona que se prestase a resolver el problema, hecho que me obligó a abandonar definitivamente la enseñanza de inglés que hasta entonces había hecho compatible con la de árabe.

He de señalar que durante muchos años he seguido pensando que algún día volvería a ejercer esa carrera que de joven había elegido y que deseché completamente la idea cuando mi padre cayó enfermo. Cada vez que aparecía por Madrid me llamaba con gran tristeza y me hablaba de todos sus trabajos y de los muchos papeles que el tío le había confiado y fue entonces cuando empecé a confesar que una de las mayores ilusiones de Miguel Asín había

sido que alguien de su familia siguiera la tradición arabista, y que en mi mano estaba el cumplir su deseo. La enorme preocupación que sentía me obligó a hacerle muchas promesas, parte de las cuales ya he cumplido, aunque soy consciente de que sobre mis espaldas ha recaído un peso bastante difícil de llevar.

Si bien he hecho un pequeño inciso, porque estoy convencida de que en mi entrada al campo del arabismo ha tenido mucho que ver Miguel Asín, voy a intentar seguir con «mis recuerdos» y tocar tres aspectos en particular, aquellos que yo conozco mejor y que me han afectado de manera más directa. El primero es su vida familiar y su conducta como hombre dedicado enteramente a Dios y al prójimo. Los dos restantes atañen a su visión de la enseñanza y de la labor investigadora que, pienso, todos nosotros debemos tener siempre presente.

La vida familiar de Miguel Asín

Miguel Asín era un hombre alto, fuerte, de movimientos ágiles y nerviosos, un sacerdote muy pulcro y elegante, al que no le gustaba el lujo, pero sí vestir de manera impecable. En el momento en que veía una arruga o un botón suelto en su sotana, se ponía la que tenía de repuesto y dejaba la otra en una silla de su cuarto para que la planchase o cosiera Juana, criada que entró a su servicio cuando mi padre era un niño y que después nos cuidó a nosotros, muriendo cuando yo tenía 18 años. Ella, al igual que mis padres, aprovechaba cualquier ocasión para poner a «don Miguel» como ejemplo y gustaba recordarnos que en ningún momento llegó a perder un botón o salir a la calle con una mancha y que tenía por costumbre atarse la servilleta al cuello, a modo de barbero, para evitar que una gota fortuita ensuciase sus ropas tales, hecho que se refleja en fotografías que conservo.

Miguel Asín, además de ser un hombre cuidadoso de su persona, era metódico y ordenado en extremo, por lo que todos los días hacía prácticamente lo mismo. Se levantaba muy temprano,

decía misa de ocho en la Parroquia de San Marcos, situada al final de la calle Noviciado, y volvía a casa a desayunar un gran tazón de café con leche en el que iba echando sopas de pan para, después, iniciar su jornada de trabajo. Por la mañana solía dedicar un rato a sus investigaciones, cosa que hacía en una gran habitación a la que siempre se ha llamado «la biblioteca del tío» (y que se conserva intacta), desarrollando su labor sobre una gran mesa de billar cubierta de tableros. Después iba a la Universidad y, al concluir sus clases, daba un largo paseo por los campos cercanos a las Facultades para realizar sus rezos. Su única compañía era entonces el rosario y un breviario, que yo guardo, y que estaba lleno de estampitas entre las que se cuentan tres tarjetas postales de asunto religioso enviadas por Mcdonald en sucesivas Navidades, el recordatorio de su primera misa así como los de la muerte de su madre y de la Ramonica, sirvienta de mi bisabuela que vio nacer a Miguel Asín, y que vino con él cuando se trasladó a Madrid. El no dejaba pasar un día sin realizar todos los rezos que como sacerdote le correspondían y si la aparición de un amigo o circunstancias ajenas a su voluntad le impedían concluirlos en su paseo matinal, lo hacía antes de comer, recorriendo de arriba abajo los pasillos de la casa de San Vicente.

Miguel Asín llevaba una vida espartana o, mejor dicho, de auténtico sacrificio, ya que conscientemente rechazaba todo aquello que se considera un placer mundano. En lo que atañe a la comida, se sujetaba a reglas muy rígidas y tenía por costumbre tomar la misma cantidad y no repetir jamás. En casa al mediodía, salvo los días de fiesta o los cumpleaños, se ponía de primer plato «judías blancas» y Juana solía decir que su mayor placer hubiera sido el poder contarlas alguna vez porque estaba segura de que siempre se echaba el mismo número. Después se servía dos chuletas de cordero y una pieza de fruta y, si mis padres compraban pasteles, cogía medio, y sé que resultaba inútil todo intento por convencerle de que tomase una tercera chuleta o un pastel entero, y que jamás le oyeron emitir un juicio negativo sobre los alimentos que consumía. Después de comer dormía la siesta, algo tan sagrado

para él que, recuerdo, era el único momento en que nos encerraban en el cuarto de jugar, donde estábamos «prisioneros» hasta que él asomaba su cara por la puerta o se oía a Juana anunciar «ya se ha levantado don Miguel», palabras mágicas, que provocaban la estampida de los niños para jugar un rato con su tío hasta que volvía de nuevo al trabajo.

Miguel Asín, cuando no tenía Academia, pasaba las tardes trabajando en la mencionada mesa de billar, alrededor de la cual se sentaban sus discípulos, reservándose siempre la silla situada a su derecha para mi padre. Allí permanecía durante horas, levantándose de vez en cuando para ir al comedor a beber de una botella de «litines», que se dejaba sobre el aparador para él. Algunos días, muy pocos, jugaba una partida de billar, única evasión que se permitía, además del paseo preceptivo antes de cenar que, decía, era necesario para todos los que llevasen una vida sedentaria y que también consideraba un auténtico placer. Antes de dar el consabido paseo con papá invitaba a mi madre a que les acompañara, aunque sabía que ella iba a rehusar, conoedora de que disfrutaba hablando de sus investigaciones y que tenía la delicadeza de no hacerlo cuando excepcionalmente iba con ellos. El era una persona extrovertida que necesitaba compartir con otros sus pensamientos y es por ello que mi padre también se preocupaba de ir a buscarle a la puerta de las Academias para que, en su camino de vuelta, pudiese disfrutar contándole sus impresiones sobre la última sesión.

Los domingos eran todos prácticamente iguales. Por la tarde asistía a la tertulia del «Instituto Valencia de Don Juan», mientras que la mañana la dedicaba a despachar la correspondencia. Iba amontonando las cartas de la semana y el domingo las contestaba una por una. Después, si eran importantes, las guardaba en unas cajas negras que había encima de las estanterías; si no, las partía en trocitos, siempre que no estuviesen escritas por detrás, y las convertía en fichas de trabajo. Tal y como diré más adelante, el no despilfarrar, el no tirar nada que considerase servible era una costumbre que debió aprender de Codera y Ribera, ya que los

libros que he manejado están llenos de tarjetas de visita, o de trozos de cartas, invitaciones, o facturas que contienen notas y traducciones, escritas con la letra de los tres arabistas.

En Semana Santa pasaba unos días en Puebla Larga, la finca de Ribera, y en verano iba un mes al Escorial, donde formó una pléyade de discípulos. Después se reunía con mi padre en San Sebastián para continuar los trabajos iniciados. Unas veces lo hacía en un pequeño *bureau* que había en la sala de recibir, junto a un sofá-cama reservado para los invitados. Otras, en la mesa de la terraza, mirando al mar, y sus costumbres no cambiaban básicamente durante las vacaciones. Decía misa todos los días en la parroquia de San Vicente y disfrutaba caminando por el paseo de Salamanca o por los jardines de la Concha, generalmente acompañado de Juan Zaragüeta y a veces se asomaba a la playa, donde estábamos con nuestros padres, y nos hacía señas cariñosas desde la barandilla del paseo.

En realidad si hablo de la vida familiar de don Miguel tengo que distinguir dos etapas, antes y después de que mi padre se casara y empezase a tener hijos.

Mi padre vivió con el tío desde muy pequeño. Miguel Asín le había confesado a su hermana, mi abuela Dolores, que deseaba encargarse de la educación de su sobrino Jaime, y cuando cumplió los cinco años mandó a la Ramonica a buscarle. Esta mujer, que iba siempre impecable y vestida toda de blanco, permaneció a su lado hasta que murió con 85 años en la casa de San Vicente, donde prestó también sus servicios a Codera y Ribera durante el período de tiempo que vivieron con Miguel Asín.

Mi padre nunca supo lo que era disfrutar de la niñez o de la juventud. Pasó sus primeros años en la cocina, con Juana y Ramonica y con las amistades de las dos criadas, entre las que se contaba el famoso compositor Juan Guerrero, pariente de Juana, que por aquel entonces carecía de medios económicos y comía con mi padre, en la cocina de don Miguel Asín, sabedor de que en aquella casa todos eran bienvenidos y a nadie se le negaba ayuda. En aquella época no tuvo cumpleaños ni tampoco «Reyes Magos»

y cuando empezó el cuarto curso de bachiller se convirtió de repente en un hombre cuya única meta era estudiar. Muchas veces nos ha dicho que hasta que conoció a mi madre, solamente recibió dos regalos: un cordero de cartón que un día le trajo Codera, juguete que le duró toda su niñez, y un reloj de oro que le compró Ribera cuando terminó la carrera y que él mismo eligió, ya que el maestro del tío le pidió que le ayudara a escoger un reloj «para un amigo muy especial», y lo hizo sin saber que él era el receptor. Como mi padre decía, se vio sin darse cuenta en la mesa de billar, trabajando cuando no tenía clases y llevando una vida muy distinta a la de sus compañeros de Instituto o Universidad. Muchas veces nos ha contado que no iba al cine o a bailes y que su vida sólo cambiaba en el verano, cuando el tío se iba al monasterio del Escorial, para examinar los manuscritos árabes de su biblioteca, y dejaba en libertad a su sobrino para que se tomara unas vacaciones antes de reunirse de nuevo en San Sebastián, en la pensión de Madame Polai. Mi padre aprovechaba entonces para visitar a su familia o viajar con sus amigos, y fue precisamente uno de esos veranos cuando conoció a mi madre en Santander. Sentía tanto respeto y cariño por el tío que nunca se atrevía a decirle que quería hacer algo que le pudiera contrariar, y muchas veces nos ha contado lo que le sucedió cuando, concluida la carrera, tomó un día la decisión de asistir a un baile sin hacérselo saber a su tío por temor a disgustarle. El ya estaba ganando dinero y tenía en su armario, muy bien guardado por Juana, el smoking que sólo usaba los veranos. Esperó a que el tío se durmiese y tras vestirse a oscuras, salió sigilosamente de la casa con los zapatos en la mano. Al llegar al hotel Palace, vio que todos fijaban su mirada en él y empezó a pasearse todo orgulloso por el hall hasta que alguien se le acercó y se puso a quitarle bolsas de naftalina que tenía prendidas a la espalda. También nos dijo que al día siguiente le contó lo sucedido al tío y que tras reírse por unos momentos añadió con tristeza: «No vuelvas a ocultarme nada porque soy más comprensivo de lo que tú te imaginas y si muchas veces te digo

que sólo trabajando en esta mesa te harás un hombre, también entiendo que tengas necesidades diferentes de las mías».

La vida de Miguel Asín cambió radicalmente tras el matrimonio de mi padre. El estaba convencido de que su esposa querría tener su propia casa, a pesar de que papá le decía que nada iba a cambiar, pero pronto se dio cuenta que seguiría siendo la cabeza visible de la nueva familia que su sobrino iba a crear. El tío Miguel, que años antes sólo había pensado en mi padre como en un ser que ha de esperar a crecer para compartir la vida de los mayores, se convirtió en un auténtico abuelo. Vivió los embarazos de mi madre, preocupado de que no le faltase nada, y nos vio nacer y bautizó a los cinco mayores que pasamos a ser una parte importante de su existencia. Como nos han recordado muchas veces, nosotros rompimos todas las reglas que se había marcado. Si nos escapábamos y corríamos a la biblioteca para saltar sobre él, dejaba su trabajo por unos minutos y no lo reiniciaba sin antes habernos escuchado o jugado un rato. Si hasta entonces había cumplido su propósito de no repetir nunca en las comidas, eran nuestros ojos tristes y sorprendidos los que alguna vez le llevaban a cambiar de opinión, quizá porque era consciente de que nos daba una alegría comiendo otro medio de esos dulces «tan ricos» y de que no era posible hacer entender a un niño que alguien ha decidido llevar una vida de sacrificio. Si antes solía ir de vez en cuando al comedor a beber la botella de litines, la presencia en dicha habitación de la cuna del pequeño, por ser la más soleada de la casa, le hacía sentir sed más a menudo y sé que muchas veces le vieron poniéndole el chupete al bebé y haciéndole mimos.

Miguel Asín era un hombre de grandes contrastes, quizá porque en él se fundían el ser humano, con sus debilidades e imperfecciones, y la persona que, por haber decidido entregarse a Dios y al prójimo, lucha por compensar sus carencias. Era nervioso y de carácter fuerte pero a la vez paciente y humilde, lo que le llevaba a escuchar con simpatía y cariño los problemas de los demás y a pedir perdón cuando no lograba controlar los nervios y hacía algo que no consideraba correcto. Sé que varias veces dio

un portazo al oír a mi madre y a Juana discutir en la cocina, y que nunca dejó de ir a verlas, poco después, para decirles: «perdonad a este viejo de carácter fuerte». También sé que, en una ocasión, tuvo una acalorada disputa en la Academia y al llegar a casa corrió al teléfono para llamar a la persona con la que había discutido y decirle: «Perdóname, porque me he excedido y si no me perdonas, mañana no celebro misa tranquilo».

Miguel Asín era también un hombre que disfrutaba de la vida y del trabajo y que, sin embargo, nunca experimentó miedo a la muerte. Ponía el alma en la enseñanza y en la labor investigadora y aprovechaba cada instante de su existencia pero, paralelamente, su profunda religiosidad y su firme creencia en el más allá, hizo que se enfrentara a la muerte con paz y esperanza. El no supo que los médicos, en su última enfermedad, le habían diagnosticado cáncer de hígado o una hipertrofia irreversible, pero se dio cuenta de que iba a morir, hecho que conocemos por conversaciones que mantuvo con mi padre y por comportamientos específicos de los que mencionaré dos en particular. Cuando apenas podía tenerse en pie pidió a mis padres que le ayudasen a dar un paseo por la casa y apoyado en ellos fue recorriendo con sus ojos los muebles de las distintas habitaciones, como si supiera que no volvería a verlos; después, les hizo un ruego muy significativo: quería que acudiéramos todos a misa «para la familia» y que recibiésemos de su mano la comunión, misa, la última que celebró y que recuerdo muy bien, porque me sentí muy importante al oír que la decía únicamente para pedir por nosotros.

Miguel Asín, a pesar de su valía, era un hombre muy sencillo que rehuía banquetes, entrevistas y homenajes. Varias veces se negó a que le nombrasen presidente de las Academias y siempre buscaba la forma de no asistir a las grandes comidas que se daban en palacio y a las que era invitado. Tenía gran amistad con Alfonso XIII, quien respetaba su rechazo por la vida social e incluso intentaba hacer más llevadera su presencia en las ceremonias oficiales a las que se veía obligado a asistir, por ser «Sumiller de Cortina del Rey». Sé que en los actos solemnes, donde ejercía la

misión de dirigir el protocolo, se sentaba al lado del soberano y que éste aprovechaba para desahogarse con él y contarle sus preocupaciones así como los últimos chismes de la Corte, y que a veces le llamaba a casa y le decía: «Asín, mañana comemos en familia, le esperamos». Él, entonces, acudía con gusto, conocedor de que no tendría que atenerse a etiqueta alguna.

A don Miguel también le molestaba el dar conferencias o asistir a congresos, porque le hacían perder un tiempo que podía dedicar a la investigación y sé que rehusaba amablemente toda invitación, para después comentar en casa: «El que quiera conocer mis trabajos, que lea mis libros».

Otra particularidad era su falta de apego por el dinero y su sentimiento de que poseía más de lo que necesitaba. Jamás pedía cuentas de lo que entregaba para los gastos de la casa, ni quería comprarse cosas para sí mismo, con la excepción de libros, a la vez que disfrutaba dando lo que tenía a los demás. Sé que cuando enseñaba a mi padre las nuevas adquisiciones y le veía fijar sus ojos en un libro con admiración, no dejaba de decirle: «Quédate con él y llévalo a tu biblioteca; si lo necesito, ya te lo pediré», y también sé que esperaba con ilusión la fiesta de los Reyes Magos y parecía un niño cuando corría por la mañana para compartir nuestra alegría ante sus regalos.

Características de Miguel Asín eran igualmente la imparcialidad y el respeto por las ideas de otros, lo que le llevó a tener amigos de ideologías distintas. Gozó de la confianza de Antonio Maura y Negrín y gustaba recordar que, gracias al último, se fundó la Escuela de Estudios Arabes, explicando repetidamente que un día le preguntó por los medios con los que contaba para publicar y, al responder, «con ninguno, a veces con lo que sale de mi bolsillo», le dijo: «No se preocupe, esto es una vergüenza y voy a solucionarlo inmediatamente», y no paró hasta conseguir los fondos para crear la Escuela y la revista *Al-Andalus*. También sé que cuando se liberó San Sebastián y retornaron de Francia intelectuales que habían huido, todos encontraron refugio en casa de don Miguel, y que él sufría mucho al oír hablar de venganzas, e intentaba

convencer a los de uno u otro bando de que era necesario comprender y perdonar.

Durante la guerra, que pasó en San Sebastián, no alteró básicamente sus costumbres, aunque salía a la calle vestido de paisano y con una boina que le daba el aspecto de un auténtico vasco. Siguió con sus investigaciones que hacía compatibles con clases de latín en el Instituto de Enseñanza Media, donde mi padre a su vez impartía lengua y literatura. En el tiempo que estuvo ocupada la capital donostiarra nunca sintió miedo de lo que pudiera sucederle y muchas veces nos han contado con admiración su comportamiento cuando venían a registrar la casa. Mis padres eran los encargados de correr a la terraza para pasar a los vecinos la radio y los prismáticos, y Miguel Asín el que recibía a los milicianos. Les trataba cordialmente, les invitaba a tomar una copa de vino y charlaba con ellos para, después, acompañarles en su registro. Tal era su talante que ninguno se atrevía a hacer un comentario negativo, ni siquiera cuando él mismo abría el armario de su cuarto y les mostraba la sotana, diciendo con toda naturalidad: «éstas son mis ropas de sacerdote». Yo estoy segura de que era esa sinceridad que le caracterizaba, ese amor por todos que traslucía, y que hacía imposible considerarle un «enemigo», lo que explica que nunca intentasen hacerle daño.

Si Miguel Asín fue sacerdote ejemplar y un miembro de nuestra familia a cuyo lado se respiraba amor, generosidad, sencillez y nobleza, también como profesor y científico fue un modelo de competencia y de entrega a los demás, y por ello creo importante resaltar su labor en el campo de la enseñanza y de la investigación.

Miguel Asín, profesor e investigador

Los que han sido alumnos de Miguel Asín y, en particular, González Palencia, han destacado que se expresaba de manera muy clara, que la asistencia a sus clases era suficiente para aprender la asignatura, que todos le amaban y respetaban, y han

recitado una larga letanía de alabanzas. Yo, naturalmente, no fui testigo presencial de sus lecciones pero conozco muy bien su estilo y sus métodos. Primero, porque mi padre me ha recordado infinidad de veces los consejos que mi tío le dio con respecto a la enseñanza. Por otro lado, porque conservo sus libros y apuntes, y gracias a ellos es posible descubrir en qué consistía ese sistema que daba tan buenos resultados.

Miguel Asín solía decir que el profesor, por muy amplios conocimientos que tenga, debe preparar siempre sus lecciones porque, de esa forma, saca el máximo partido, y añadía que, al hacerlo, ha de trazar un plan que permita aprovechar dicho trabajo año tras año.

Los detalles que atañen a cómo preparaba sus clases, que son precisamente los que nunca se mencionan, se aprenden con facilidad cuando examinamos el libro de texto que utilizó en la Universidad y que yo conservo. Su *Crestomatía* de Derenbourg está cubierta de una pátina de grasa, sobre todo en aquellas partes donde reposan los dedos cuando se sujeta el libro o se pasa la hoja, pero es su contenido lo que encierra un mayor valor.

Al ir recorriendo las sucesivas páginas constatamos que en los márgenes de todas ellas aparecen escritas un sinfín de letras, números y abreviaturas cuya clave es fácil de descifrar. Así vemos, por ejemplo, que *r* es verbo regular, *s* = sordo, *h* = hamzado, *a* = asimilado, *d* = defectivo, *c* = cóncavo, *n* = nombre de acción, *p* = participio, *f* = femenino etc.; que los números representan las formas derivadas y que las abreviaturas corresponden a expresiones como *nombres de instrumento* (n. instr.), o futuro enérgico (f. energ.). Este simple método le permitía localizar con toda rapidez ejemplos de los diferentes tipos de palabras que mandaba analizar a los alumnos, mientras que el examen de los papelitos que conservo revela que sabía previamente cómo iba a desarrollar cada lección, en particular, ya se tratase de cuestiones gramaticales o de traducciones.

Un primer grupo corresponde a pequeñas hojas con título subrayado (perfecto, imperativo, formas derivadas, preposiciones,

numerales, nombres de instrumento, sordos, cóncavos, etc.) las cuales están llenas de números que remiten a la lectura y línea donde aparecen.

Un segundo tipo contiene esquemas y cuadros que ponía en el encerado, siempre con el objetivo de facilitar el aprendizaje y que son los mismos que más tarde publicaría en su *Crestomatía*.

Existe un tercer conjunto de papeles que contienen tres modelos de traducción y por los que también se deduce que trazaba un plan para conseguir que el alumno captase de forma progresiva los secretos de los textos árabes. En uno de ellos que, supongo, refleja el sistema seguido de las primeras traducciones, cada palabra árabe y su equivalente romance aparecen dentro de un cuadro, como si fuera traduciendo y analizando cada término por separado. En los representativos de un segundo estadio encontramos la traducción de un texto línea por línea. En los que semejan corresponder a los últimos trabajos del curso hallamos una versión completa, con notas que remiten a explicaciones gramaticales muy específicas, papeles, estos últimos, reveladores de que sólo cuando el alumno dominaba la gramática básica, aprovechaba los textos más complicados para ir exponiendo particularidades de la lengua árabe, que se repiten con menor asiduidad, como es, por ejemplo, el *mā* exclamativo, o la conversión del *ta* de la forma VIII en un *ta* cuando se encuentra en contacto con una consonante enfática.

Si bien el examen de su libro de texto nos da a conocer al hombre metódico y competente que proyecta con antelación un plan de enseñanza eficaz y sencillo, mucho más importante es su faceta humana que le convirtió en modelo de dedicación y generosidad. Tal y como han repetido los que asistieron a sus clases, trataba a los alumnos con gran simpatía y cariño, derrochaba paciencia, se preocupaba de resolver sus dudas, contestaba a sus preguntas o confesaba humildemente que desconocía la respuesta para añadir que trataría de averiguarla; se ofrecía a darles clases particulares, en una palabra, ponía en práctica los principios que predicaba cuando hablaba de la enseñanza.

Miguel Asín solía decir que el profesor no da clase para lucir sus conocimientos sino para transmitirlos; que lo fundamental no es saber mucho sino conseguir que los alumnos aprendan; que su deber es estar pendiente de sus fallos para ayudarles, y de sus esfuerzos y logros para animarles y aplaudirles, y que ha de utilizar su inteligencia para sacar el mejor partido de cada uno. No hay duda de que Miguel Asín tenía un arte especial para hacer que el alumno se encariñara con la asignatura y que conseguía su propósito empleando a veces procedimientos muy personales. Uno era el regalarles libros que sabía acrecentarían su interés y rendimiento. Otro, el halagarles, atribuyéndoles méritos que no poseían pero que provocaba en ellos el deseo de no defraudar al maestro y de llegar a esas metas que él decía habían alcanzado. Particularidad, esta última, que me hace pensar en González Palencia, quien ha confesado repetidamente que su dedicación a los estudios árabes surgió al sentirse complacido de que don Miguel viera en él un interés por la asignatura y un empeño por aprender que nunca había experimentado¹. Eran esos ánimos que daba a los alumnos, esa felicidad que parecía sentir ante sus progresos, lo que hacía que ellos intentaran esmerarse y terminar algo que en un principio les había parecido árido.

Miguel Asín, junto con Codera y Ribera, eran hombres que pensaban más en el alumno que en sí mismos, y no sólo en su aprendizaje sino también en su futuro. Cuando todavía no habían dejado la Universidad, les adiestraban en las técnicas de la investigación y realizaban publicaciones conjuntas en las que los maestros se hacían cargo de las partes más difíciles y entregaban «a los jóvenes» las más acordes con su preparación, a la vez que les explicaban las pautas que debían seguir². Esta preocupación por acompañarles en sus primeros pasos y enseñarles a desenvolverse en el campo de la investigación, de modo que al concluir la

¹ Véase como ejemplo, González Palencia, «Miguel Asín», en *Arbor* (enero-octubre 1944), 4-5.

² Cfr. M. Asín y J. Ribera, *Manuscritos árabes y aljamiados*, pp. X-XI y XXVII.

carrera no se encontraran desorientados, llega a límites insospechados cuando se trata de ofrecer una honrosa salida a los que han adquirido mayores méritos. Hoy calificaríamos de insólito el que un profesor pida la jubilación anticipada para que el discípulo pueda ocupar su puesto y crearse un brillante futuro, y, sin embargo, ese fue el estilo de los arabistas a los que hago referencia. Codera, se retiró antes de llegar a la edad exigida para que Miguel Asín pudiera opositar a su plaza, y lo mismo hizo Ribera con González Palencia, siendo más tarde Asín el que dejó su cátedra de árabe con el propósito de que García Gómez la disfrutara. Muchas veces he reflexionado sobre estos hechos y he sentido una profunda tristeza al pensar que en la Universidad actual no se da ese espíritu de generosidad y ese ambiente de fraternidad que lleva a los profesores a poner el bien del alumno por delante del suyo propio y a disfrutar cuando ven que sus discípulos y compañeros les aventajan y superan.

La inteligencia y entrega que desplegó Miguel Asín en la enseñanza la encontramos igualmente cuando nos paramos a examinar su labor investigadora y la manera de llevarla a cabo. Sé que se ha hablado mucho de sus descubrimientos, de los tremendos logros que alcanzó dentro de cada uno de los campos a los que dedicó su atención y que también se ha recordado con frecuencia que él ante todo buscaba la verdad sin importarle la gloria que ello le reportase. Yo no quiero limitarme a repetir alabanzas, que en sí mismas resultan infecundas; creo que será mucho más útil y que así lo habría deseado Miguel Asín que aproveche esta ocasión para recordar los principios que defendía y los muchos consejos que daba a mi padre con respecto a la investigación y que, naturalmente, él era el primero en llevar a la práctica.

Para Miguel Asín, el maestro debe sentarse al lado de sus discípulos a investigar, enseñarles cómo deben hacerlo, dejar su trabajo siempre que le pidan ayuda, prepararles bibliografía, corregir sus escritos y, sobre todo, entregarles todas aquellas ideas

que él no vaya a utilizar, así como trabajos iniciados y que piensa ellos pueden fácilmente concluir.

En lo que atañe a la técnica, Miguel Asín consideraba imprescindible ser ordenado y metódico y no proponerse objetivos demasiados ambiciosos ni obsesionarse por la búsqueda de la perfección. Predicaba que cualquier teoría ha de documentarse muy bien y de primera mano, y que es un error muy grave el alargar demasiado un trabajo o el rehacerlo una y otra vez intentando mejorarlo. El decía a mi padre: «Cuando hayas dado forma a una idea, publícala aunque la consideres incompleta, ya tendrás tiempo de volver sobre ella para ampliarla». «Cuando estudies a un determinado autor, examina con orden y gradualmente diferentes aspectos, y vete editando cada una de las partes que concluyas». Asimismo le repetía: «no temas equivocarte; lo importante es ser sincero y trabajar siempre con ánimo desapasionado y rigor científico». «Nunca sientas vergüenza de cometer errores, todos los hacemos, ya publicarás otro artículo, rectificándolo». No creo que sea necesario recordar que él actuó de acuerdo con sus principios. De todos es conocido que su primera redacción era también la última, que los temas a los que se consagró los fue desarrollando a través de sucesivos artículos, que incluso los trabajos de mayor envergadura, como son los relativos a Algazel o a Ibn Hazm, los fue publicando tomo tras tomo.

Otro de los consejos prácticos que daba Miguel Asín era el de vencer la tentación de dejar un trabajo iniciado para averiguar si una idea que ronda la mente es acertada. El tío siempre aconsejaba a mi padre que, cuando estuviera investigando sobre un determinado tema y creyese haber hecho un nuevo descubrimiento, no dejara nunca lo que tenía entre manos, porque entonces terminaría perdiéndose. Le decía: «Jaime, cuando esto te ocurra, coge una ficha, escribe: «Idea para un trabajo», apunta esa interrogante que te planteas y olvídate de ella hasta que concluyas el artículo o el libro iniciado». También en este caso se atenía a sus propios consejos, como lo prueba un gran número de papeles que conservo.

Algunos de ellos, de cuatro o cinco líneas, contienen una simple idea o una pregunta con su posible respuesta y pienso que su función era plasmar algo que acababa de pasar por su mente para volver sobre ello más tarde, si lo seguía considerándolo de interés. En los restantes, más extensos, y en su mayoría numerados, escribía en la cabecera de la frase: «Idea para un trabajo» y un título, para pasar a explicar la forma de desarrollarlos y las notas suyas u obras que debían consultarse, siendo frecuente que ampliase la primera redacción y bibliografía, como se deduce de la presencia en algunos de tintas distintas. El examen de este tipo de escritos pone de manifiesto el orden y la generosidad que le caracterizaba. En algunos escribe «hecho» o «utilizado por mí en ...» mencionando una obra o un artículo; en otros «entregado a ...»seguido del nombre de un discípulo o amigo. También hay varios que se inician con un «Me ha dicho Macdonald que se podría hacer un trabajo sobre...» y la fecha de la carta, y no faltan papeletas donde, tras explicitar que tiene intención de usarlas personalmente, añade que las ha prestado a alguien junto con apuntes, transcripciones o traducciones suyas y que no se los ha devuelto, comentando a veces con frases reveladoras que nunca intentaba recuperar un trabajo si pensaba que perjudicaría al que lo estaba aprovechando.

Todos estos papeles los metía a su vez en sobres, sin olvidar escribir en ellos el título de los posibles proyectos, y señalar cuáles estaban hechos o en poder de otra persona.

Miguel Asín no era el único que hacía gala de ese desprendimiento del que hablo. Precisamente, hace unos días leí una carta de Duncan Black Macdonald (profesor de lengua y literatura semíticas en el Hartford Theological Seminary) que me entristeció, al hacerme pensar que el espíritu investigador del pasado parece haberse perdido. En ella Macdonald informa a Don Miguel de los resultados obtenidos al estudiar los puntos de contacto entre la leyenda medieval del mágico Virgilio y la leyenda árabe del mágico Avicena, sin dejar de señalar la obra y página de donde ha tomado los distintos datos o ideas, para concluir con las siguientes

palabras que traduzco: «esto es todo lo que he sacado y muy gustoso lo pongo a su disposición».

Este acto de pasarse generosamente los hallazgos, propio de Asín Palacios y de sus amigos, ha de relacionarse con otro de los principios que defendía y sobre el que creo importante llamar la atención. Miguel Asín intentó siempre inculcar a los demás la necesidad de compartir los conocimientos, porque estaba firmemente convencido de que sólo de esa forma la humanidad seguiría avanzando. El solía decir a mi padre: «Nunca seas avaro de tu ciencia; has de pensar que como criaturas somos imperfectos y que el progreso sólo se consigue entregando a otros aquello que hemos recibido y lo que a su vez aprendimos con el propio esfuerzo». Asimismo gustaba repetir que de nada sirve almacenar gloria y méritos, palabras que explican el porqué nunca ambicionó honores ni fama, sino todo lo contrario; él era un hombre que se sentía muy incómodo cuando alguien le alababa, y que deseaba en todo momento pasar inadvertido.

He de confesar que muchas veces me he preguntado si Codera, Ribera y Asín fueron seres excepcionales o si vivieron una época distinta a la nuestra, a la vez que he intentado descubrir por qué en los centros de investigación y en los departamentos universitarios ya no se respira ese espíritu de compañerismo y generosidad que conocieron los investigadores del pasado. Hoy en día existe un ansia de poder, una rivalidad inhumana, un arrinconar a los que pueden hacer sombra, que Miguel Asín no comprendería y que, sin embargo, parece ser el único medio de subsistir.

Asimismo pienso con tristeza que la universidad está caminando por un sendero en el que se malogran muchos buenos propósitos. La existencia de baremos que miden la inteligencia y los méritos de las personas por el número de obras publicadas, que atienden a la cantidad y no a la calidad, que dejan en un apartado rincón la enseñanza y que olvidan por completo la entrega al alumno, puede traer resultados negativos. Hoy es difícil alcanzar un puesto digno si uno dedica prioritariamente su tiempo a las clases y a guiar al alumno en sus investigaciones, y todos repiten

que se hace necesario publicar y publicar, así como demostrar que se es el mejor. Yo sigo pensando, al igual que Miguel Asín, que la función principal del profesor universitario es formar a los estudiantes y transmitirles el máximo de conocimientos, de modo que puedan continuar por el camino de la ciencia a partir de donde uno se ha detenido, pero se necesita ser muy santo para pensar en ellos cuando se vive en un mundo donde no se contabiliza la calidad, el sacrificio, la entrega o la dedicación desinteresada.

Me gustaría concluir mis recuerdos de Miguel Asín exponiendo en voz alta los pensamientos que han acudido a mi mente cuando he leído las muchas obras que ha escrito relacionadas con la mística, y hablar de los motivos que me mueven a aplicarle el calificativo de *místico* y a colocarle junto a dos hombres cuyo ideario moral, pienso, practicó: Ibn 'Abbād de Ronda y San Juan de la Cruz.

Estoy convencida de que Miguel Asín supo captar perfectamente el pensamiento intrincado, sutil y profundo de los místicos y ascetas, debido a que su propia vida fue un modelo de perfección ascético-mística y, asimismo, pienso que para servir a Dios él eligió el camino que le marcaba su intensa formación cristiana, el basado en el principio de que el amor a Dios sólo se consume en el amor al prójimo.

Miguel Asín no siguió la llamada corriente *heterodoxa* donde se encuentran los *quietistas*, *iluminados* o *dejados*, los cuales se apartan de las criaturas para entregarse pasivamente en las manos de Dios y fijar todas sus aspiraciones en la pura contemplación. Él, al igual que la escuela carmelitana y los denominados «místicos mayores», pertenece al movimiento ortodoxo, y ha de ser situado junto a otros ascetas que buscaron el camino de la perfección fuera de los conventos, y que se distinguen de los *iluminados* por conservar la iniciativa y la voluntad, para sus prácticas de piedad, y no sacrificar las obras en aras de una vida interior contemplativa.

En apoyo de estas afirmaciones, he considerado conveniente copiar aquí algunos párrafos que hablan de las virtudes y ejemplos

de vida que marcan al místico, de modo que puedan ser analizadas a la vista de las palabras que han pronunciado los discípulos, amigos y familiares de Miguel Asín, cuando han intentado hacer un retrato de su persona³.

Los ascetas y místicos, al igual que Miguel Asín, distribuían su tiempo para dedicar una parte del día a la oración y al examen de conciencia y otra, a las llamadas «ocupaciones personales lícitas» y, en todo momento, actuaban como «si Dios les estuviera viendo»⁴.

En Miguel Asín se trasluce el llamado «amor a la oscuridad» que profesan los que no conocen la vanidad, la hipocresía espiritual, la afectación, la simulación, y los que practican la humildad y no se envanecen de sus virtudes, porque piensan que ellas no descansan en el mérito propio⁵.

Él poesía las dotes que deben adornar al maestro, según la doctrina de los *šādīlīs* y que recoge Abū-l-'Abbās con las siguientes palabras: «No será tu maestro aquél a quien escuches, sino aquél de quien aprendas, ni lo será aquél que te dé sus explicaciones, sino aquél que deje en tu corazón huella de sus enseñanzas ; ni lo será aquél que te invite a entrar por la puerta, sino aquél que te descorra el velo, ni aquél que te ofrezca sus palabras sino aquél que excite en ti sus mismos estados espirituales»⁶.

Miguel Asín también parece seguir la doctrina de «la purgación y la desnudez», predicada por los *šādīlīs* y por la escuela carmeli-

³ Si bien los conceptos y palabras que iré recogiendo, pueden documentarse en la mayoría de los trabajos sobre mística de Miguel Asín, para facilitar su localización, solamente remitiremos a los artículos de *Al-Andalus* donde expone la doctrina *šādīlī* y alude a místicos como San Juan de la Cruz o Santa Teresa, cuando quiere destacar la existencia de puntos de contacto entre el ideario de la escuela *šādīlī* y el de la carmelitana.

⁴ Cfr. Miguel Asín, «*Šādīlīs* y Alumbrados. Parte 2ª. Caracteres de la escuela *šādīlī* y de su método espiritual», en *Al-Andalus* X (1945), fasc. 2, 275-76.

⁵ «*Šādīlīs* y Alumbrados. Parte 3ª: «El ideario espiritual de la escuela *šādīlī*», en *Al-Andalus*, XI (1946), fasc. 1, 60-62.

⁶ Artículo citado, en *Al-Andalus*, X (1945), fasc. 2, p. 266.

tana y, en particular, por San Juan de la Cruz en *La Subida*⁷ y que consiste en emprender un «combate» para desembarazar el alma de todos los vicios (vanidad, soberbia, envidia, codicia, odio...), y dejar sitio a las virtudes opuestas (humildad, generosidad, paciencia, sinceridad, pureza de intención...), premisa indispensable para emprender ese «camino de la perfección» que conduce a Dios⁸.

Asimismo, creo que Miguel Asín encaja perfectamente en la descripción que se hace de Ibn 'Abbād de Ronda, «asceta al que sus contemporáneos tuvieron por santo y por el místico simpar de su siglo», y devoto que tiene muchos puntos de contacto con San Juan de la Cruz⁹. He aquí como prueba algunos de esos rasgos que se señalan para marcar su perfección espiritual y que pueden igualmente aplicarse a Miguel Asín: «Fue un hombre amable, reposado, dulce y cariñoso». «Una de sus misteriosas dotes era la de captarse la simpatía de los corazones de los niños». «Su caridad para con el prójimo era ejemplar y a todos, altos, bajos, justos y pecadores miraba con ojos de misericordia y solicitud compasiva». «Aceptó voluntariamente el estado de célibe y su mortificación de la sexualidad fue absoluta». «Concilió las exigencias sociales de sus distintos cargos, con sus anhelos de humildad y ascetismo». «Siempre que se le daban muestras palpables de distinción, siempre que en su presencia le alababan por su santidad y virtudes... ponía todo su empeño en revelar su disgusto, como dando a entender que sólo Dios era digno de alabanza y veneración». «En su alma se personificaron plenamente todas las virtudes, estados y grados de perfección de los grandes santos. Sus actos, por eso, superaban tanto a sus palabras, que éstas, aun estando llenas de dulzura y luz espiritual jamás podían sugerir al

⁷ Artículos citados, en *Al-Andalus*, XI (1946), p. 9 notas 3,4,5, y en el *Al-Andalus*, X (1945), fasc. 2, p. 279. nota 1.

⁸ *Ibid.*, 278-79

⁹ Cfr. «Un precursor musulmán de San Juan de la Cruz», en *Al-Andalus*, I (1933), 7-79.

ánimo de sus lectores la sublime alteza de la rectitud moral que alcanzaron sus actos»¹⁰.

En suma, el examen de los idearios morales en los que se exponen los métodos seguidos por los *devotos* para llegar a la última unión con Dios nos lleva a comprender que Miguel Asín fue un auténtico místico, es decir, un hombre que puso su empeño y esfuerzo en practicar buenas obras, externas e internas, y que aprovechó todos los momentos de su existencia para servir a Dios.

Soy consciente de que su vida y ejemplo resultan muy difíciles de imitar, pero de la misma forma pienso que debemos buscar en su recuerdo fuerzas para mejorar nuestro comportamiento, sobre todo en el campo donde practicamos nuestra profesión y en el que podemos dar mucho a la humanidad. Si nosotros no tuvimos maestros como Miguel Asín que nos guiaran en el difícil camino de la enseñanza y de la investigación, y sufrimos las consecuencias de ello, que su memoria nos anime a dar a los que vienen detrás lo que a nosotros nos hubiera gustado recibir, porque entonces podremos decir con alegría que los recuerdos de Miguel Asín han servido para algo.

¹⁰ «Los orígenes de la escuela šadili y sus principales representantes», en *Al-Andalus* X (1945), fasc. I, pp. 40-43.